Mitos y leyendas de México 1

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.

Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Facultad de Artes

Mitos y leyendas de México 1

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.

Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Facultad de Artes

Iñigo Dehud, Laura Silvia

Mitos y leyendas de México I / Laura Silvia Iñigo Dehud.. - -
México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2013.

58 p. : il. col.

ISBN 978-607-7771-92-0

1. Mitología mexicana – Obras ilustradas 2. Leyendas mexicanas – Obras ilustradas I. tit.

LCC F1227.2 DC 398.20972

Compilación
Laura Silvia Iñigo Dehud

Cuidado Editorial y Corrección de estilo
Liliana Iñigo Dehud

Diseño y Coordinación editorial
Laura Silvia Iñigo Dehud

Ilustración
Enid Aguirre Cerón
(La piel del venado, Mito del tlacuache, El conejo de la luna, El Mayab)

Irving Aaron Mendoza Hernández
(Las manchas del ocelote, La leyenda del maíz, Las plumas del pavo real)

Ana Gabriela Osorio Gleason
(Cuando el tunkuluchú canta, La leyenda del sol y la luna)

Laura Silvia Iñigo Dehud
(Kapsis... estrella de mar)

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Derechos de autor: No Registro: 03-2013-010713134200-14

ISBN: 978-607-7771-92-0 (impreso)

ISBN: 978-607-8519-49-1 (pdf)

CONTENIDO

ILUSTRADOR	TÍTULO	
Enid Aguirre Cerón	**La piel del venado**	4
Irving Aaron Mendoza Hernández	**Las manchas del ocelote**	8
Ana Gabriela Osorio Gleason	**Cuando el tunkuluchú canta**	16
Enid Aguirre Cerón	**Mito del tlacuache**	22
Irving Aaron Mendoza Hernández	**La leyenda del maíz**	30
Laura Silvia Iñigo Dehud	**Kapsis... estrella de mar**	34
Enid Aguirre Cerón	**El conejo de la luna**	40
Irving Aaron Mendoza Hernández	**Las plumas del pavo real**	44
Ana Gabriela Osorio Gleason	**La leyenda del sol y la luna**	50
Enid Aguirre Cerón	**El Mayab**	54

La piel del venado

Se cuenta que hace muchos, muchos años, la piel del venado no era como hoy la conocemos. Los mayas dicen que antes el venado tenía la piel clara, casi blanca, lo cual lo ponía en desventaja, porque permitía a sus cazadores verlo aun a grandes distancias y lo hacía presa fácil. El venado era muy apreciado porque con su piel producían escudos para los guerreros, y su carne era muy valorada por su sabor. Se dice que estuvo a punto de desaparecer de la zona de El Mayab.

Un día, un joven venado se acercó a un arroyo para beber agua; de pronto, vio que un grupo de cazadores se acercaba con arcos y flechas en mano. Muy asustado, el venado corrió velozmente para refugiarse de las flechas que pasaban rozando su cuerpo. En su desesperada carrera, resbaló y cayó, lastimándose una pata. Con dificultad logró adentrarse en una cueva oculta. En esta cueva vivían tres sabios que, al escuchar los lamentos, se acercaron y curaron las heridas del joven venado.

Éste les narró lo que había sucedido, y los sabios permitieron que se resguardara en la cueva hasta que sus heridas estuvieron totalmente sanadas. El venado estaba muy agradecido y no se cansaba de lamer las manos de los sabios.

ENID
BALAM
2012

Cuando llegó el momento de la despedida, uno de los sabios dijo:

—¡Espera!, queremos hacerte un regalo, pídenos lo que más desees.

El venado, sin pensarlo, dijo:

—Lo que más deseo es que los venados estemos protegidos de los humanos, ¿pueden ayudarme con eso?

—Claro que sí —aseguraron los sabios.

Lo llevaron fuera de la cueva, y uno de los sabios tomó un poco de tierra húmeda y la frotó en la piel del venado; al tiempo que otro pedía al sol que con sus rayos tostara su piel.

Así, poco a poco, la piel del venado comenzó a tornarse más oscura y le aparecieron manchas del color de la tierra de El Mayab.

Finalmente, el tercer sabio dijo:

—Desde hoy, la piel de los venados tendrá el color de nuestra tierra, y con ella será confundida. Pero si aun así están en peligro, podrán entrar a lo más profundo de nuestras cuevas para protegerse.

El venado agradeció a los sabios y corrió a darle la noticia a sus compañeros.

Desde entonces, y hasta el día de hoy, los venados que habitan la tierra de El Mayab agradecen a los sabios el regalo que les dieron.

ENID
BALAM
2012

Las manchas del ocelote

Cuando la tierra aún no estaba poblada por humanos, todo era un paraíso, las plantas y los animales convivían felices y en armonía.

En el Cerro de Huizachtécatl (hoy Cerro de la Estrella), en las tierras de Iztapalapa, vivía un hermoso ocelote.

El ocelote tenía la piel dorada, suave y sin una mancha; además, el ocelote era un animal tranquilo y amigable; su alimento consistía en frutos y raíces.

Era hermoso, tenía ojos brillantes, y su caminar era majestuoso. Todos lo consideraban el señor de los animales.

El amigable animal disfrutaba descansar a la sombra de los árboles y escuchar los sonidos del bosque. Por las noches, se acercaba a beber el agua de la laguna, y al mirar su reflejo en las trasparentes aguas se sentía feliz.

Aquel ocelote era un soñador; no sólo gozaba al admirar las maravillas de naturaleza virgen, sino que también disfrutaba sentarse sobre sus patas traseras y contemplar, durante horas, el cielo estrellado.

Tal vez por ser un gran observador conocía a todos los habitantes del cielo. Amaba a la Señora Meztli (Luna), a Citlapul (Estrella Venus), a Citlapoca (Estrella Humeante).

Solamente él sabía distinguir a Manal Huiztli (El Perforador del Fuego / Orión); a Tianquizlli (Mercado / Siete Cabritillas). También reconocía a Xonecuilli (zigzag de Estrellas / Can Mayor); a Nauhxihuitl (Cruz del Sur); a Itzpapalotl (Blanca Mariposa / Osa Mayor) y a Tezcatlipoca (Espejo que Humea / Osa Menor).

Una noche, con asombro descubrió en el cielo, que tan bien conocía, a una brillante estrella con una hermosa y larga cola.

El ocelote la observó durante varias noches; allí estaba la entrometida, atreviéndose a cruzar los caminos del cielo nocturno, luciendo un porte que parecía de gran señora.

Al ocelote le molestó su actitud. Él sólo conocía a una gran señora, la señora del cielo llamada Meztli (Luna), y aquella estrella desconocida parecía querer opacar la belleza de la reina del cielo.

Una noche en que sorprendió a la inoportuna peinando su larga cabellera, escuchó la voz de Citlapul (Estrella Venus), quien le dijo:

—Amigo, tú que entiendes nuestro lenguaje, quiero decirte que no te impacientes con la intrusa que está muy a gusto en nuestro cielo; es una simple viajera que no tardará en alejarse.

Aun con las explicaciones de Citlapul, el ocelote sentía que era su obligación odiar a la entrometida. Así,

una noche levantó la cabeza hacia el cielo para mirar bien a la viajera y le gritó lo más fuerte que sus pulmones le permitieron:

—Escúchame bien, entrometida, yo amo a la señora Meztli (Luna), y admiro a todas sus hijas, las estrellas (Citán). Desde que nací las he visto llenar de luz el manto azul del cielo; así que quiero saber, ¿tú qué haces allí?

La Citlaltipoca (Serpiente de estrellas / Cometa) detuvo su viaje por el cielo, y sumamente molesta le contestó:

—¿Me hablas a mí? Yo soy merecedora de la admiración de los dioses. Y tú, insignificante criatura, ¿quién te crees para cuestionarme así? Escúchame bien: no vuelvas a dirigirte a mí, y menos con esa altanería tuya.

Furioso, el jaguar respondió:

—Todas las noches hablo con la señora Luna y sus hijas, las estrellas; ellas son mis amigas, a pesar de mi insignificancia. Yo las amo, por eso exijo que te marches por donde llegaste, y no quieras opacar la belleza y luz de la señora Meztli.

—Pues quiero que sepas, pobre ocelote, que poseo tanta belleza como maldad. Mi presencia en el cielo advierte la muerte de un alto gobernante, sea príncipe, rey o guerrero. Y, por si fuera poco, también anuncio hambre y la guerra. Así que más te vale respetarme.

El ocelote, lleno de impaciencia oyó las advertencias de Citlaltipoca, y sin importarle ser víctima de la malvada estrella, gritó:

—¡Tú jamás serás la señora del cielo! ¡Sólo eres una siniestra intrusa!

Le dio la espalda y se dirigió a su cueva.

La Citlaltipoca enfureció, tomó varias flechas de su luminosa cola y se las arrojó al ocelote, al mismo tiempo que le decía:

—No tienes idea de lo que puedo hacer, ¡soy la estrella que tira flechas!

Un lastimoso rugido se escuchó en el Cerro de Huizachtécatl (Cerro de la Estrella), y la piel del jaguar, que alguna vez fue dorada, suave y sin mancha, ahora quedó quemada en varias partes. Desde entonces, el jaguar tiene la piel manchada de negro.

Cuando el tunkuluchú canta...

En El Mayab se cuentan muchas historias sobre una misteriosa ave, el tunkuluchú o tecolote. Se dice que le gusta la soledad y que habita las áreas ocultas de la selva.

Algunos le temen porque pasea por cementerios en las noches oscuras y, se dice también, que tiene un gusto especial por la muerte. Hay quienes cuentan que una bruja al morir se convirtió en tecolote.

Otros narran una leyenda que habla de una época lejana, cuando todas las aves buscaban al tunkuluchú para que les diera un consejo, porque se consideraba la más sabia y prudente de las aves. Todas lo respetaban.

Un día, el tunkuluchú recibió una invitación para asistir a la fiesta del reino de las aves. Y aunque al tunkuluchú no le gustaba participar en festejos, esta vez decidió ir, pues no quería desairar a sus anfitrionas.

Llegó el día esperado, y el tunkuluchú se presentó con sus mejores trajes. Todos estaban asombrados de verlo, pues no esperaban que se presentara en aquella reunión.

Inmediatamente le ofrecieron el lugar de honor en la mesa y le ofrecieron los bocadillos más exquisitos, todo acompañado con balché o licor maya.

Pero el tunkuluchú no acostumbraba beber. Después de unos cuantos sorbos se emborrachó. Lo mismo ocurrió con los demás invitados, por lo que la fiesta se convirtió en desmanes y risas escandalosas.

Entre los más divertidos estaba el pájaro chom, quien tomó flores que adornaban la mesa y las colocó sobre su cabeza pelona, caminaba haciendo zigzag, y cada vez que tropezaba con alguien, moría de risa. A la pobre chachalaca le sucedió lo contrario; ella que siempre es escandalosa, esta vez se quedó silenciosa intentando mantener los ojos fijos en un punto.

Cada ave quería ser la más graciosa y, sin querer, el tunkuluchú le ganó a todas. Estaba tan borracho que le dio por hacer bromas mientras daba vueltas en una de sus patas, sin importarle caerse constantemente.

Así transcurría la fiesta, cuando pasó por ahí un joven famoso por ser bromista y que le gustaba molestar a otros. Al oír el alboroto que hacían los pájaros se metió a la fiesta buscando la oportunidad de divertirse a costa de los demás, y claro que tuvo oportunidad de hacerlo, sobre todo después de que él también se emborrachó con el balché.

El joven comenzó a burlarse de cada ave que cruzaba su camino, pero pronto llamó su atención el tunkuluchú. Sin pensarlo, corrió tras él para jalar sus plumas, mientras el mareado pájaro corría y se resbalaba una y otra vez. Después, el muchacho arrancó la espina de una rama y comenzó a picar sus patas; y aunque el pájaro las levantaba, lo único que logró fue que las

aves creyeran que le había dado por bailar y se rieran de él a más no poder.

Finalmente, el joven se quedó dormido y fue hasta entonces que dejó de molestar. La fiesta llegó a su fin y cada una de las aves regresó a su nido, todavía con el efecto del balché.

Al recordar lo sucedido, algunas aves se carcajeaban del tremendo espectáculo que dio el tunkuluchú. Y el pobre tunkuluchú se sentía molesto y avergonzado, pues sabía que después de aquella fiesta ya nadie lo respetaría.

Pasaron los días y su molestia se convirtió en rabia; entonces, decidió vengarse del joven que provocó su ridículo.

Durante noches enteras pensó en cómo castigaría al muchacho. Era tanto su rencor, que decidió que todos los hombres pagaran por la ofensa que había sufrido. Así, encontró en sí mismo la forma de desquitarse, optó por usar su finísimo olfato. Recorrió todas las noches los cementerios hasta aprender a reconocer el olor de la muerte; eso era lo que necesitaba para su venganza.

Desde entonces, el tunkuluchú le anuncia al maya cuando se acerca la hora de su muerte. Se posa cerca de los lugares donde olfatea que pronto morirá alguien y canta muchas veces. Por eso dicen que cuando el tunkuluchú canta, el hombre muere.

Mito del tlacuache

En los altos de Jalisco se cuenta que, hace muchos años, sus habitantes los huicholes no contaban con el fuego, y esto hacía su vida difícil: No había con qué calentarse en las noches de invierno en los confines de la sierra ni cómo cocinar sus alimentos. Hombres, mujeres, niños y ancianos, sufrían mucho. En esos tiempos, todavía no sabían cultivar la tierra y vivían dentro de cuevas o en los árboles.

Un día, el fuego se soltó de alguna estrella y cayó en la tierra provocando el incendio de los bosques.

Los habitantes de un pueblo vecino, que eran enemigos de los huicholes, se quedaron con una rama encendida y no dejaron que el fuego se apagara. Organizaron un poderoso ejército encabezado por el tigre, y formaron grupos para cuidar celosamente que nadie les robara el preciado elemento; principalmente lo cuidaban de los huicholes. Varios de ellos que intentaron tomar el valioso tesoro, murieron víctimas de una lluvia de flechas.

En una reunión de animales, celebrada dentro de una cueva, el venado, el armadillo y el tlacuache, quienes eran amigos de los huicholes, se preguntaban qué podían hacer para llevar a sus amigos el valioso tesoro, pero no llegaban a ningún acuerdo. Entonces, el tlacuache, que era el más pequeño de todos, propuso:

—Yo voy por el fuego.

Todos se rieron de él. Y el venado le dijo:

—¿Cómo piensas hacerlo? Eres tan chiquito, tan insignificante...

El tlacuache, muy orgulloso, contestó:

—No se burlen, ya verán como cumplo mi promesa. Sólo les pido que cuando llegue me ayuden a alimentar el fuego para que no se apague.

Una noche, el pequeño animalito salió de la cueva y se acercó a las viviendas de los enemigos de los huicholes, se hizo bolita y esperó. Pasó una semana completa sin moverse, hasta que los habitantes del pueblo aquel se acostumbraron a su presencia. Al séptimo día, cuando aún no amanecía, el tlacuache vio que todos los guardias dormían, sólo el tigre se mantenía despierto. Poco a poco y con mucho cuidado se fue acercando al fuego hasta que estuvo tan cerca que pudo meter su cola en la lumbre. Una vez que se encendió su cola se formó una enorme llama que iluminó el campamento, y el tlacuache echó a correr.

Al principio, el tigre creyó que la cola del tlacuache era un leño; pero cuando lo vio correr empezó a perseguirlo. Éste, al ver que el tigre le pisaba los talones tomó una rama, la prendió con el fuego de su cola y la guardó en su marsupio o bolsa.

El tigre lo buscó durante varios días hasta que lo encontró descansando, con las patas apoyadas sobre una peña, disfrutando del paisaje. Furioso, se lanzó sobre de él.

—Pero, ¿por qué tan enojado? —preguntó con aire inocente el tlacuache— ¿no ves que estoy sosteniendo

ENID
BALAM
2012

el cielo para que no nos caiga encima? Mejor quédate en mi lugar mientras yo voy por alguna rama grande para detener el cielo.

El tigre creyó la historia. Se colocó en el lugar que ocupaba el tlacuache mientras este salió disparado.

Pasaron las horas y el tigre ya se había cansado. Y pensó:

—¿Qué andará haciendo este tlacuache que no viene?

Siguió esperando, sin moverse. Pronto ya no pudo más. Se levantó con mucha cautela del lugar, esperando que en cualquier momento se le viniera el cielo encima. Cuando se dio cuenta que no pasaba nada, que todo seguía en su sitio, supo que, por segunda vez, el tlacuache lo había engañado.

Enfurecido, salió a buscarlo. Lo halló comiendo granitos de maíz en la cima de una roca.

En cuanto el tlacuache lo vio venir hizo como que contaba los granos y se apresuró a decirle:

—¡Mira lo que encontré! ¡Muchas monedas! Con ellas podemos comprar quesos que venden en aquella casa que está abajo.

—¿Pero cómo llegaremos? Está demasiado lejos —dijo el tigre.

—Es fácil. Sólo tenemos que saltar. Yo lo he hecho varias veces sin que me pase nada —dijo muy convincente el tlacuache.

El tigre se quedó un momento pensativo y agregó:

—Está bien, pero saltaremos juntos. Esta vez no me vas a engañar.

ENID BALAM
2012

Mientras el tigre recogía granos de maíz pensando que eran monedas, el tlacuache aprovechó para encajar su cola en una grieta de la roca, sin que el otro se diera cuenta.

El tigre y el tlacuache se pararon en la orilla de la gran roca, contaron hasta tres y saltaron. El tlacuache saltó, pero no se movió de su sitio, pues tenía la cola encajada. El tigre, en cambio, saltó tan alto que voló derechito hacia la luna.

Finalmente, el tlacuache llegó al lugar donde estaban los otros animales y los huicholes. Allí, ante el asombro y la alegría de todos sacó de su bolsa la rama encendida.

Inmediatamente, formaron una hoguera con ramas secas. Cuidaron y alimentaron el fuego hasta que se formó una brillante llama.

Después, curaron las heridas del tlacuache, este generoso animal que tantas accidentadas aventuras pasó para llevarles el fuego.

Desde entonces, los huicholes disfrutaron de los beneficios del fuego y los tlacuaches perdieron para siempre el pelo de su cola; pero viven contentos porque saben que dieron una gran ayuda al pueblo.

En cambio, se cuenta que el tigre fue a dar a la luna; por eso, cuando hay luna llena, podemos ver su sombra con el hocico abierto.

ENID BALAM

La leyenda del maíz

Cuentan que antes de la llegada del dios Quetzalcóatl, los antiguos mexicanos sólo se alimentaban de raíces y de algunos animales que cazaban.

No contaban con el maíz, este cereal tan rico y nutritivo, porque estaba escondido detrás de las montañas.

Otros poderosos dioses probaron separar las montañas para conseguirlo; pero, aun usando su gran fuerza, no lo lograron.

Los antiguos mexicanos fueron a plantearle este problema al dios Quetzalcóatl.

—No se preocupen —respondió—, yo se los traeré.

El poderoso dios usó su ingenio, se transformó en una hormiga negra y, acompañado de una hormiga roja como guía, se dirigió a las montañas.

El trayecto estuvo lleno de complicaciones, pero el dios Quetzalcóatl que sólo pensaba en el bienestar de su pueblo las superó. No se dio por vencido por el riesgo ni por el cansancio que representaba aquel viaje.

Quetzalcóatl, transformado en hormiga siguió las indicaciones de su compañera, la hormiga roja; llegó hasta donde estaba el maíz, tomó un grano maduro entre sus mandíbulas y comenzó el retorno.

A su regreso, entregó el prometido grano de maíz a los indígenas.

Los antiguos mexicanos plantaron la semilla y obtuvieron así el maíz que desde entonces alimenta a los hombres.

El valioso grano cambió sus vidas: aumentó sus riquezas, se volvieron más fuertes, construyeron ciudades, palacios y templos.

A partir de ese momento, los antiguos mexicanos veneraron al dios Quetzalcóatl, el dios amigo, el dios que les trajo el maíz.

Kapsis... estrella del mar

Todos los días después de terminar sus labores del día Kapsis, la hija preferida del jefe Haas, solía acurrucarse sobre una roca y disfrutar mirar el ir y venir de las olas.

Pasaba horas y horas inmóvil y en silencio. Esto sorprendía a todos los del pueblo. Parecía, decían, que Kapsis esperara ver salir del fondo del mar a Xtamosbin (tortuga marina), diosa de los seris.

Todos los días que los pobladores llegaban de la bahía de Quino a tierras de Isla de Tiburón, Kapsis, después de buscar entre las rocas de la playa especies del océano que las aguas traían consigo, corría a protegerse en su lugar preferido de la playa para admirar, sin cansarse, el cielo y el mar.

Su padre, el gran jefe Haas, había pedido al brujo del pueblo que deshiciera el hechizo que, creía, se había apoderado de su hija; porque el gran jefe Haas y los miembros del pueblo no se explicaban el porqué a Kapsis no le interesaba relacionarse con sus semejantes; y a pesar de ser tan linda y joven, se negaba a bailar y a seguir los compases de los cantos de la gente del pueblo cuando realizaban sus festejos. Para Kapsis no había otra cosa más importante que contemplar el paisaje del mar bravío que desataba a veces

terribles tormentas mientras ella se protegía en la playa.

Lo que nadie sabía era que Kapsis tenía un secreto: Estaba enamorada de una brillante estrella del cielo.

Una noche llegó hasta ella el brujo, a quien pidiera el gran jefe curara a su hija, pues todo el pueblo aseguraba que un malvado tiburón la había embrujado. El brujo echó mano de todas sus cualidades mágicas, colocó sus manos en forma de círculo sobre su frente, cerró los ojos y dijo con voz fuerte y clara: fuuu, fuuu, fuuu. Sin embargo, Kapsis lo miró sin ningún interés y, sin decir una palabra, se alejó de su lado.

Al caer la noche, Kapsis volvió al mar, y con agitación miró hacia el cielo buscando la brillante estrella. Al encontrarla resplandeciente en medio de la bóveda celeste deseó con todo su corazón que nunca terminara la noche para disfrutar por horas y horas su belleza.

De repente, como si su deseo hubiera sido escuchado, vio cómo su favorita y adorada estrella se desplazaba por el cielo; viajaba atravesando el azul oscuro con la misma velocidad que lo hacen los dardos de punta de pedernal que lanzan los guerreros cuando cazan, así la estrella surcaba el espacio. Los ojos vivaces de Kapsis no perdían detalle de la estela luminosa que dejaba la estrella en su camino, hasta que la vio caer en el mar.

Estremecida por lo que acababa de presenciar corrió en busca de un bote, remó frenéticamente hasta llegar al lugar donde creyó haber visto caer a la estrella y, sin pensarlo, se arrojó al agua para salvarla. Nadó por las profundidades en busca de la estrella hasta llegar al fondo del mar. Durante su rápido descenso golpeó

contra una roca, lo que le provocó la muerte. Kapsis quedó inmóvil en las profundidades del mar con los brazos abiertos, y todo por querer salvar a una estrella que se ahogaba.

Xtamosbin, la sagrada tortuga marina, al verla tan pálida y quieta se conmovió; se acercó a Kapsis y puso sus manos sobre su cuerpo inmóvil, convirtiéndola en una hermosa estrella de mar.

Desde entonces, Kapsis sería feliz en el mundo marino, formaría parte de las tragedias y dichas del mundo acuático. Además, nunca estaría sola, ya que los peces de aletas de plata y cuerpos pintados de vivos colores la acompañarían. Y como si todo eso fuera poco, desde allí será feliz observando el cielo a través de las aguas cálidas. Todas las noches podría mirar las estrellas del cielo a las que ella tanto admiraba.

El conejo de la luna

Quetzalcóatl, el dios grande y bueno, un día decidió salir a dar una vuelta por el mundo en forma humana. Caminó todo un día, y a la caída de la tarde se sintió cansado y hambriento. Sin embargo, no se detuvo, siguió caminando hasta que las estrellas asomaron sus primeros destellos y la luna se apareció por la ventana de los cielos. Entonces, el dios decidió tomarse un descanso a la orilla del camino.

En eso estaba, cuando vio un conejito que había salido de su madriguera a cenar.

—¿Qué comes? —preguntó Quetzalcóatl.

—Como zacate, ¿quieres un poco? —dijo el conejo.

—Gracias, pero yo no me alimento de eso.

—Y entonces, ¿qué vas a hacer? Aquí es lo único que hay —dijo preocupado el conejo.

—Posiblemente moriré de hambre y de sed.

Horrorizado ante esa posibilidad, el conejito se acercó aún más a Quetzalcóatl y le dijo con humildad:

—Mira, yo no soy más que un pequeño animalito, pero si tienes hambre, cómeme.

El buen dios se conmovió ante ese ofrecimiento, acarició al conejito y dijo:

EVID
BALAM
2012

—Tú no serás más que un pequeño conejito, pero desde hoy todo el mundo te recordará por ofrecer sin ningún otro interés tu vida por la mía.

Quetzalcóatl lo tomó en sus manos y lo levantó alto, tan alto que su figura quedó estampada en la Luna. Después, el dios lo bajó a la tierra para que observara su imagen; y le dijo:

—Mira, ahí tienes tu retrato en luz y plata, será un regalo para toda la humanidad y para toda la vida.

ENID
BALAM
2012

Las plumas del pavo real

Hace mucho tiempo, las aves no tenían la apariencia de ahora. Entre ellas siempre había problemas porque cada una pensaba que era mejor que las otras; algunas pensaban que sus cantos eran los más bellos; otras, que su plumaje tenía el mejor colorido y era más atractivo que el de las demás.

En aquella época el Gran Espíritu, el que todo conoce y todo ha creado, organizó una reunión de aves para elegir a la que tuviera la capacidad y la nobleza de gobernar a sus semejantes.

En cuanto supieron de la convocatoria, las aves comenzaron a discutir acaloradamente. Todas, al mismo tiempo, hablaban de sus virtudes, intentando convencer a las demás de ser merecedoras de tal distinción.

Xkokolch, el ruiseñor, decía desde la rama de un frondoso árbol:

—Seguramente será elegida el ave con el canto más dulce, así se logrará el acuerdo de todas y su voz dará consuelo a las que se encuentren tristes.

Cutz, el pavo montés, alegó:

—Estás muy equivocado, no es eso lo que necesitamos. Lo que se requiere para ese puesto es un ave fuerte, con carácter y energía para ordenar el caos en el que vivimos.

Chac-dzibdzib, el cardenal, gritó mientras desplegaba sus alas:

—¡De ninguna manera!, no hay otra ave que sea más capaz que yo para dirigir aquí, mi trayectoria es intachable, y todo el mundo admira mi plumaje color carmesí.

Dzul-Cutz, el pavo real, escuchaba sin decir ni una palabra a las otras aves que presumían sus características físicas. Él, que en ese entonces no tenía un hermoso plumaje, se sentía tímido por no ser atractivo y sentía una gran envidia. De pronto recordó a Puhuy, el mensajero de los caminos, quien no se había enterado de la convocatoria que había hecho El Gran Espíritu por estar de viaje, ni conocía de las discusiones que sostenían las aves. Entonces, Dzul-Cutz, el pavo real, se dirigió a la casa de Puhuy, lo puso al corriente de los sucesos del momento y le dijo con sinceridad:

—Mira, yo sé que no tengo la capacidad de concursar con el plumaje que poseo; en cambio, considero que tú tienes un plumaje hermoso, pero eres muy pequeño para ser el monarca de las aves. También pienso que te hace falta mi elegancia y gala. He venido a proponerte algo: Si me prestas tu plumaje, que prometo devolvértelo, yo podría ser el ganador del concurso, y entonces compartiríamos la fama y los honores de mi reino.

Al comienzo, el pájaro Puhuy desconfió; sin embargo, después de pensarlo un momento, se convenció. Se arrancó varias plumas y se las entregó al Dzul-Cutz. Poco a poco, esas cuantas plumas se reprodujeron hasta cubrir completamente el cuerpo del pavo real. Al cabo de unos días se le formó un espectacular vestido, compuesto de plumas brillantes con una enorme cola de color azul turquesa mezclado con los cálidos colores del atardecer.

Una vez con su bello plumaje, el Dzul-Cutz se dirigió al elegante lugar donde estaban reunidas las aves para elegir a su gobernante. Entró con el cuello erguido y contoneando su cuerpo; todas las aves quedaron sorprendidas al verlo. Incluso las que se suponían las más hermosas y consideraban ser ellas las que obtendrían el título se miraban entre sí, moviendo la cabeza de un lado a otro, expresando recelo al ver la elegancia con la que se adueñaba Dzul-Cutz del evento, mientras entonaba un afinado canturreo.

El Gran Espíritu, atónito ante la imagen del pavo real, no dudó en declararlo rey de las aves, por lo que mandó hacer correr la noticia por todos los alrededores.

Sin embargo, Dzul-Cutz no cumplió la promesa de devolver las plumas a su dueño. Unas semanas más tarde las aves encontraron al Puhuy con frío, cubriéndose debajo de un arbusto para calentarse.

El pavo real, deslumbrado con las riquezas y honores, se olvidó del favor que le había hecho su amigo.

Entonces, las aves comunicaron al Gran Espíritu lo que Dzul-Cutz había hecho; le informaron que había logrado su bello plumaje traicionando a Puhuy, y le pidieron que le impusiera un castigo por su mala acción.

El Gran Espíritu ya no podía revertir la belleza del plumaje del pavo real; en cambio, sí podía alterar el sonido que emitía.

Desde entonces, cada vez que el majestuoso pavo real abre el pico, no sale más un agradable canto de su garganta, sino un sonido feo y estridente que causa la burla de todo el reino de las aves.

La leyenda del sol y la luna

Al principio de los tiempos sólo había oscuridad sobre la tierra; para solucionarlo, se reunieron los dioses en Teotihuacan con el fin de asignar un dios que los alumbrase.

—¿Quién alumbrará al mundo? —se preguntaban.

—Yo iluminaré al mundo —contestó Tecuciztécatl, un dios poderoso y arrogante.

Después, los dioses se preguntaron:

—¿Y quién más?

Todos se miraban unos a otros sin que ninguno se atreviera a ofrecerse para aquella labor que consistía en arrojarse a una enorme hoguera que proporcionara la luz y el calor.

—¿Por qué no te animas tú, Nanahuatzin? —preguntaron al dios que era insignificante, feo y callado.

Nanahuatzin obedeció de buena voluntad.

Entonces, ambos dioses comenzaron a hacer penitencia para llegar puros al sacrificio.

Después de cuatro días, los dioses nuevamente se reunieron alrededor del fuego para presenciar el sacrificio de Tecuciztécatl y Nanahuatzin, y ordenaron:

—¡Entra al fuego, Tecuciztécatl!

Tecuciztécatl se acercó a las llamas, pero al sentir el calor de las brasas sintió miedo y no se atrevió. Cuatro veces probó, pero no pudo arrojarse.

Luego los dioses dijeron:

—¡Ea pues, Nanahuatzin! ¡Ahora prueba tú!

Y este dios, sin pensarlo, cerró los ojos y se arrojó al fuego.

Cuando el envidioso Tecuciztécatl vio que Nanahuatzin se había arrojado al fuego se tiró detrás para no sufrir la humillación de ser derrotado por un dios insignificante.

Entonces, los dioses miraron hacia el Este y dijeron:

—Por ahí aparecerá Nanahuatzin hecho sol.

Y así sucedió. Nadie lo podía mirar porque lastimaba los ojos. Resplandecía y derramaba rayos por dondequiera.

Después, apareció Tecuciztécatl hecho luna.

En el mismo orden en que entraron en el fuego, los dioses aparecieron por el cielo hechos sol y luna. Desde entonces hay día y noche en el mundo.

El Mayab

la tierra del faisán, del venado y la serpiente de cascabel

Cuando todavía no se creaba la tierra, el señor Itzamná decidió fundar un lugar que fuera tan hermoso que todo el que lo conociera quisiera vivir allí, enamorado de su belleza. Así fue como Itzamná creó El Mayab, la tierra de los preferidos.

En esta tierra sembró las más bellas flores para que adornaran los caminos; creó enormes cenotes cuyas cristalinas aguas reflejaran la luz del sol, y también profundas y enigmáticas cavernas.

Más tarde, Itzamná ofreció a los mayas la nueva tierra, y eligió a tres animales para que por siempre vivieran en El Mayab, y quien pensara en ellos también pensara en El Mayab. Los elegidos fueron el faisán, el venado y la serpiente de cascabel.

Los mayas eran felices en estas tierras, comenzaron a construir palacios y ciudades de piedra. En las selvas, los animales que escogió Itzamná no se cansaban de recorrer la inmensa extensión de El Mayab.

El faisán se elevaba hasta los árboles más altos, y su grito era tan poderoso que podían escucharle todos los habitantes de esa tierra. El venado corría ligero como el viento y la serpiente se arrastraba moviendo sus cascabeles para producir música a su paso.

Todos vivían felices en estas tierras. Pero un día, los

ENID
BALAM
2012

chilam, adivinos mayas, vieron en el futuro algo que les causó gran alarma.

Llamaron a todos los habitantes, para anunciar lo siguiente:

—Tenemos que dar noticias que les causarán mucha pena. Todo indica que en un futuro no lejano nos invadirán hombres venidos de muy lejos; traerán armas y pelearán contra nosotros para quitarnos nuestra tierra. Es posible que no podamos defender El Mayab y lo perderemos.

Al escuchar los presagios, el faisán huyó a la selva y se escondió entre las los matorrales, pues prefirió dejar de volar antes de permitir que invasores lo encontraran.

Cuando el venado escuchó lo que se aproximaba, sintió una gran tristeza; lloró tanto, que sus lágrimas formaron muchos ojos de agua. Desde entonces, el venado tiene los ojos muy húmedos, como si estuviera a punto de llorar.

Sin duda, quien más rabia sintió al saber de la conquista fue la serpiente de cascabel; ella decidió dejar de lado su música y luchar contra los enemigos; así, creó un nuevo sonido que produce al mover la cola y que ahora usa como anuncio de su ataque.

Como dijeron los chilam, los extranjeros conquistaron El Mayab. Pero aún así, un famoso adivino maya anunció que los tres animales elegidos por Itzamná cumplirán una importante misión en su tierra. Los mayas aún recuerdan las palabras que una vez dijo:

"Mientras las ceibas estén en pie y las cavernas de El Mayab sigan abiertas, habrá esperanza. Llegará el día en que recobraremos nuestra tierra, entonces los mayas deberán reunirse y combatir. Sabrán que la fecha

ENID
BALAM
2012

ha llegado cuando reciban tres señales. La primera será del faisán, quien volará sobre los árboles más altos y su sombra podrá verse en todo El Mayab. La segunda señal la traerá el venado, pues atravesará esta tierra de un solo salto. La tercera mensajera será la serpiente de cascabel, que producirá música de nuevo, y ésta se oirá por todas partes. Con estas tres señales los animales avisarán a los mayas que es tiempo de recuperar la tierra que les quitaron."

Ésa fue la mención del adivino, pero el día aún no llega. Mientras tanto, los tres animales siguen preparándose para tan importante suceso. Así, el faisán lustra sus alas, el venado afila sus pezuñas y la serpiente agita sus cascabeles. Sólo esperan el momento de ser los mensajeros que reúnan a los mayas para recobrar **El Mayab**.

ENVI BALAM
2012

FUENTES CONSULTADAS

IÑIGO y PACHECO (2008): *Mi cuaderno para leer y escribir bien cursiva y script 1.*
Editorial ECA, México. pp 48-49 y 76-77

IÑIGO y PACHECO (2008): *Mi cuaderno para leer y escribir bien cursiva y script 2.*
Editorial ECA, México. pp 34-35

http://www.guiascostarica.com/mitos/mexico.htm

http://www.mitos-mexicanos.com/leyendas-mexicanas-prehispanicas/

http://redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/publicaciones/publi_reinos/fauna/tlacuache/leyenda2.htm

.....

Estos mitos y leyendas son del dominio público.
El libro terminó de imprimirse en noviembre de 2013.

ISBN: 978-607-7771-92-0

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Facultad de Artes

Investigación y Creación en Imagen Digital

Red CACINE

Red de Cuerpos Académicos que investigan sobre Cine

Mitos y leyendas de México 2

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.

Universidad Autónoma del Estado de Morelos / Facultad de Diseño

Mitos y leyendas de México 2

Laura Silvia Iñigo Dehud, comp.

Universidad Autónoma del Estado de Morelos / Facultad de Diseño

Compilación
D.R. 2017, Laura Silvia Iñigo Dehud

D.R. 2017, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av . Universidad 1001 Col. Chamilpa
CP 62209 Cuernavaca, Morelos
publicaciones@uaem.mx
libros.uaem.mx

Cuidado Editorial y Corrección de estilo
Liliana Iñigo Dehud

Diseño y Coordinación editorial
Laura Silvia Iñigo Dehud

Ilustración
Antonio Makhlouf Akl
Arantxa Ixchel Salinas Segura
Laura Silvia Iñigo Dehud
Adriana Vianey Ortíz García
Diego Jaimes Coria
Alexis Rebolledo Campuzano
Luis Ernesto Calvo Ramírez

Imagen de Portada
Antonio Makhlouf Akl

Revisión Editorial
Lorena Noyola Piña
Héctor C. Ponce de León Méndez

Esta publicación fue financiada con recursos del Programa de Fortalecimiento de la Calidad Educativa (PFCE) 2016.

Iñigo Dehud, Laura Silvia

Mitos y leyendas de México 2 / Laura Silvia Iñigo Dehud.. - - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2017.

64 p. : il. col.

ISBN 978-607-8519-24-8

1. Mitología mexicana – Obras ilustradas 2. Leyendas mexicanas -- Obras ilustradas I. tit.

LCC F1227.2 DC 398.20972

ISBN: 978-607-8519-24-8 (impreso)
ISBN: 978-607-8519-41-5 (pdf)

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

CONTENIDO

ILUSTRADOR	TÍTULO	
Arantxa Ixchel Salinas Segura	**Coyote y la mujer cometa**	6
Antonio Makhlouf Akl	**El diluvio Huichol**	12
Laura Silvia Iñigo Dehud	**La hermosa Tzintzin**	16
Adriana Vianey Ortíz García	**El Chom o Zopilote**	20
Arantxa Ixchel Salinas Segura	**El pájaro azul y el coyote**	26
Antonio Makhlouf Akl	**Sabio Pez-Tierra**	30
Diego Jaimes Coria	**La Diosa Luna**	34
Alexis Rebolledo Campuzano	**La boda de Xdzunuúm**	38
Laura Silvia Iñigo Dehud	**La casa del trueno**	44
Diego Jaimes Coria	**La serpiente oráculo**	50
Arantxa Ixchel Salinas Segura	**El origen de la lluvia**	56
Luis Ernesto Calvo Ramírez	**Los Huicholes y el maíz**	60

Introducción

Los mitos y leyendas representan una parte importante en la tradición cultural de las sociedades. Los mitos tienen una explicación o simbología profunda en las cuales se presenta una explicación divina del origen y desarrollo de una civilización.

La leyenda, por su parte, es una narración oral o escrita, que pretende explicar un fenómeno natural, como las tempestades o los terremotos, y lo cuentan a través de una historia fantástica.

Tanto los mitos como las leyendas son nuestra herencia, un patrimonio, que en este libro tratamos de registrar y rescatar, ya que son relatos orales que se han venido repitiendo de generación en generación como un gran legado cultural que no debemos dejar perder.

Esta obra está compuesta por doce mitos y leyendas de dominio popular, ilustradas por alumnos y maestros de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Coyote y la mujer cometa

Antes de que los dioses crearan a los hombres, cuando en la tierra sólo había plantas y animales, hubo un lugar, en el cerro de Guizachtlán, en el que vivía un coyote.

Este coyote no era como los demás; éste tenía la piel dorada y brillante, y al tacto era suave, tan suave como las plumas del quetzal.

Además, se trataba de un coyote amigable y tierno, nada agresivo. Sus ojos eran negros como el carbón, luminosos como la luz de las luciérnagas; pero, al mismo tiempo, su mirada era cálida y sencilla.

Al coyote le gustaba pasear por la serranía, investigando entre las peñas y acercándose a los arroyos para beber agua fresca y transparente.

Sus movimientos eran majestuosos, se sabía magnífico y poderoso: era el rey de los animales.

Cuando se sentía cansado, volvía a su madriguera para pasar el tiempo con su familia a la que adoraba.

Por las noches, el coyote gustaba de caminar hasta la cima del cerro, después de haberse bañado en un arroyo y acicalado hasta lucir en todo su esplendor su majestuosa belleza. Entonces, en medio de la noche, veía a Nana Cutzi, la diosa de la Luna, la madre encorvada, que se movía por el cielo acompañada de millares de estrellas y de las Pléyades, que él conocía como las Cabritillas.

Una noche que el coyote miraba con atención la bóveda celeste, vio un punto diferente en el cielo. Este punto cada noche crecía más y más, y conforme se agrandaba,

iba tomando, unas veces, la forma de una serpiente de fuego; y otras, la de una mujer de extensos y espléndidos cabellos luminosos.

Parecía que a la mujer le gustaba ser admirada por el coyote, y hacía ostentación de su belleza. Era tan hermosa, que opacaba a todas las estrellas. Las Cabritillas, al ver a la magnífica mujer sintieron envidia, porque las superaba en brillo y belleza. Las Cabritillas y las demás estrellas, incluyendo a la Estrella-Arado —constelación del Triángulo—, se sintieron ofendidas porque, comparadas con la belleza de aquella mujer, ellas lucían como simples bombillas de escasa luminosidad.

Inclusive Nana Cutzi, siempre tan linda y tan blanca, no escapó de sentir envidia por la bella mujer celeste. Fue tanta la furia que sintió al verse superada, que le empezaron a salir sombras oscuras en su lisa cara, las cuales la dejaron marcada para siempre.

Una noche que el coyote estaba atento a lo que sucedía en el cielo, el Cazador del Cielo —Orión— se acercó y le dijo:

—Amigo mío, la mujer que apareció en el cielo es espectacularmente bella, lo sé, pero su estancia en el cielo será breve, pues desaparecerá tan pronto como llegó. Irá a recorrer otros espacios siderales. Entonces —continuó—, todo será como antes de su llegada, y la calma volverá al cielo.

Sin embargo, a pesar de las alentadoras palabras del Cazador del Cielo, el coyote no quedó tranquilo. Había notado que la tierra había sido influenciada por la aparición de la mujer-cometa: las barrancas eran más profundas que antes, los cerros crujían, el agua de arroyos, lagunas y riachuelos se evaporaba; nuevos volcanes nacían en la tierra, y los ya existentes se volvían locos y lanzaban fumarolas, azufre y lava; los animales actuaban extraña-

mente, como hechizados; llegaron animales extraños venidos de otras tierras, todos eran agresivos y abandonaban a sus crías.

Ante estos asombrosos hechos, el coyote escaló a la cima del Pico de Tancítaro, el volcán más alto de Michoacán, y con voz potente se dirigió a la mujer-cometa:

—¿Quién te crees, hermosa mujer, que te atreves a turbar nuestra paz, arruinas la armonía existente en el cielo y llevas al caos a la naturaleza? ¿Cómo te atreves a ofender a nuestra Nana Cutzi y a todas las otras estrellas del firmamento, causándoles pena y sentimiento de envidia? Por tu culpa, la Luna ha quedado con la cara manchada. ¡No eres bienvenida! Te pido sigas tu camino y te marches inmediatamente de aquí.

Al oír tales palabras, la mujer-cometa interrumpió su camino y miró con desdén al coyote, al tiempo que decía:

—¿Cómo te atreves a hablarme así tú, animal de cuatro patas que vive en las cuevas? ¿Cómo osas insultarme? Por haberme ofendido, desde este día no podrás hablar, serás mudo, sólo tendrás la capacidad de aullar para expresar tus emociones y necesidades.

Con la voz débil a causa de la maldición, el coyote alcanzó a decir:

—¡La Luna y las estrellas son mis amigas, con ellas hablo todas las noches! ¡Nana Cutzi siempre será nuestra Madre Luna, la reina del cielo! ¡Y no importa que me quites la voz, eso nada cambiará!

La mujer-estrella respondió iracunda:

—¡Entérate, animal peludo, que mi maldad y crueldad son tan grandes como mi belleza! Si quiero, puedo ocasionar terribles desdichas y calamidades. Aunque me aleje, ya nada será igual ni en la tierra ni en el cielo. ¡Soy Citlalmina, la Estrella con Flechas!, ¡la creadora de todas las estrellas!

El diluvio Huichol

Mucho tiempo atrás, un huichol estaba, como todos los días, preparando la tierra para sembrarla: cortaba árboles y removía la tierra; pero, curiosamente, los árboles que cortaba un día, al otro aparecían más grandes y frondosos.

El huichol, extrañado, en su quinto día de jornada, después de cortar, esperó a ver qué sucedía. Poco tiempo después, de la tierra surgió una vieja con un bastón en la mano; con éste apuntaba los cuatro puntos cardinales e inmediatamente surgían todos los árboles que momentos antes había cortado.

La viejecita no era otra que Nacahue, la diosa de la tierra, la que hacía brotar toda la flora de la tierra.

Nacahue le dijo al huichol que próximamente habría un gran diluvio al cual antecedería un fuerte viento. Le recomendó que construyera una caja de madera y en ella guardara cinco granos de maíz de cada color, cinco semillas de frijol y troncos para mantener el fuego encendido; y, muy importante, se hiciera acompañar de una perra prieta. Una vez que tuviera reunido todo, se encerrara en la caja.

El huichol siguió al pie de la letra las recomendaciones, y fue la vieja Nacahue la que cerró la caja con su tapa y se sentó sobre ella, llevando al hombro una guacamaya.

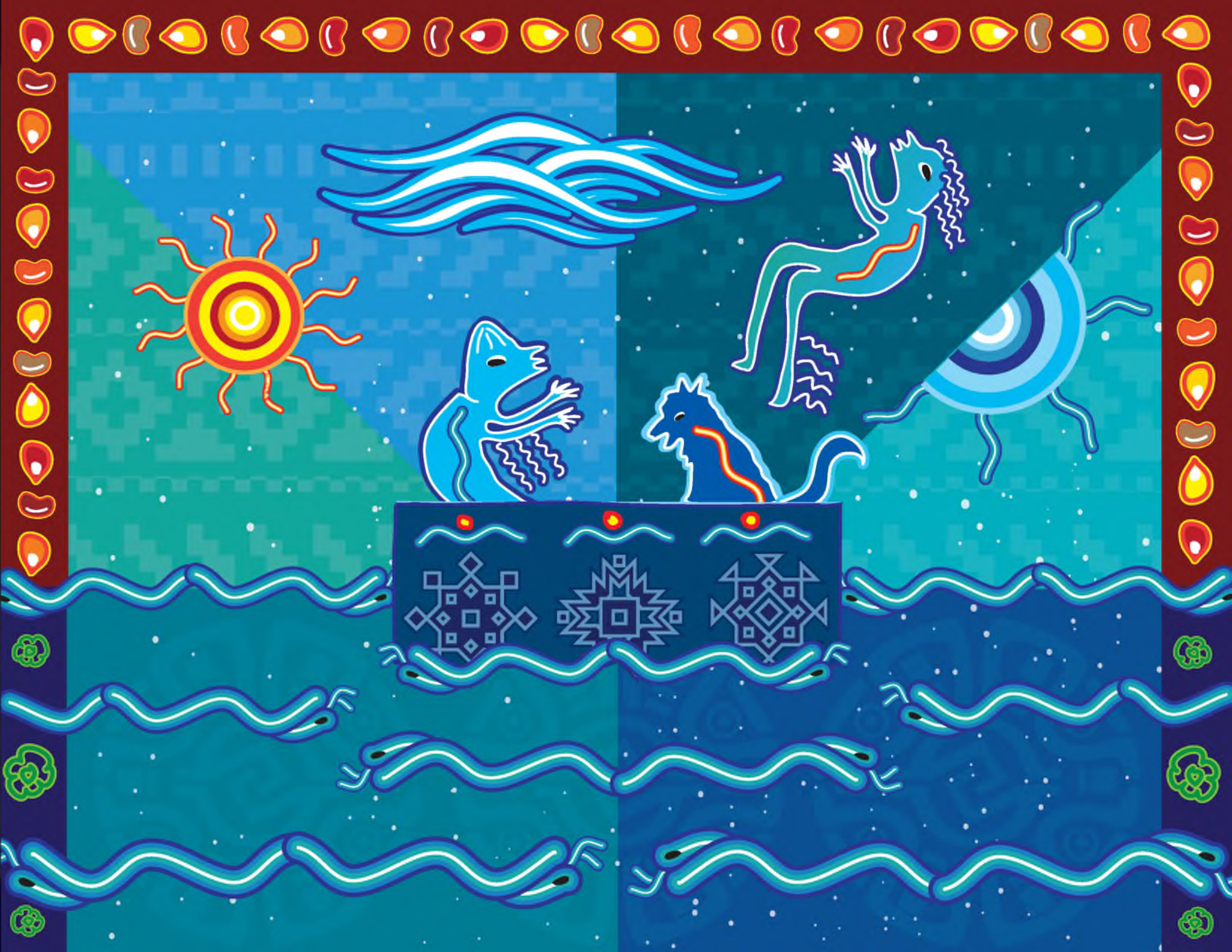
Unos días después, todo sucedió como Nacahue había predicho. Durante cinco años la caja flotó sobre el agua; al sexto, comenzó a descender, deteniéndose sobre una montaña, donde todavía se ve.

Cuando el huichol salió de la caja, todo seguía cubierto de agua; pero las guacamayas la separaron en cinco mares. El suelo se secó y de nuevo se cubrió de vegetación.

Nacahue se fue y el huichol siguió viviendo en la tierra, solamente lo acompañaba su perra prieta.

Cuando por las noches regresaba a su casa de su trabajo en el campo, encontraba en su casa comida preparada y tortillas recién hechas, pero no sabía quién podría haberlas dejado allí. Así que un día se quedó escondido para descubrir el misterio, y sorprendido vio cómo la perra se quitaba la piel, se convertía en una mujer y preparaba la comida. Entonces el huichol arrojó la piel al fuego, y refrescó a la mujer con el agua del nixtamal.

Desde entonces, la mujer y el huichol vivieron juntos, y sus hijos poblaron la tierra.



La hermosa Tzintzin

Hace mucho tiempo, en el área tarasca, vivía una hermosa joven llamada Tzintzin; todas las tardes recorría el mismo camino para acarrear agua de un manantial.

El corazón de Tzintzin pertenecía a un muchacho de nombre Quanicoti, quien era cazador.

Los jóvenes se encontraban en el recorrido que conducía al manantial; el manantial se encontraba dentro de un paraje con una extraordinaria vegetación, había todo tipo de plantas y flores de múltiples colores.

Curiosamente, cuando ellos estaban juntos, las plantas eran más verdes y las flores más bonitas que de costumbre. Estaban tan enamorados, que el tiempo volaba para ellos, lo que causaba que Tzintzin se entretuviera y llegara tarde a su casa, y sus papás, preocupados, la reprendían.

Un buen día, la reunión de los enamorados se alargó y se les hizo más tarde que de costumbre. Cuando Tzintzin se dio cuenta que pronto se haría de noche, la pobre se puso a temblar porque todavía le faltaba acarrear el agua en su cántaro. Llena de miedo por saber que al llegar a casa sus papás, seguramente, la iban a castigar, le pidió con gran desesperación al Sol que le indicara un lugar más cercano donde obtener agua, ya que el manantial estaba lejos del lugar donde se reunían.

Estaba Tzintzin suplicando cuando apareció entre las flores el más hermoso colibrí que ella nunca hubiera visto. Inmediatamente se dio cuenta que ese colibrí era muy especial y no podía ser otro más que un dios.

Todavía con el último resplandor del Sol, Tzintzin pudo observar que de las plumas del colibrí caían brillantes gotas de agua. La muchacha supo que era una señal. Se acercó al lugar donde caían las gotas y vio, para su sorpresa, que ahí estaba oculto un pozo de agua. Tomó su cántaro y lo rellenó de esa agua clara y cristalina.

Cuando llegó a su casa, sus padres la esperaban ansiosos y quedaron maravillados al ver el cántaro lleno a rebosar de la cristalina agua.

Tzintzin les contó cómo había encontrado el pozo de agua; también les dijo que estaba mucho más cerca que el manantial, en un camino conocido por todos los habitantes del pueblo.

Todas las personas de la zona estaban felices, y bautizaron al pozo con el nombre de Quiritzícuaro, que significa "La Gran Fuente".

Desde entonces, cada día mientras Tzitzin y Quanicoti se reúnen en sus citas de amor, el Sol les sonríe satisfecho de su labor.

El Chom o Zopilote

En una de las ciudades más importantes de El Mayab, Uxmal, vivía un rey al que le gustaban mucho las celebraciones.

Un día, organizó un gran festejo en su palacio para honrar al Señor de la Vida, llamado Hunab ku, y así agradecerle por todos los dones entregados a su pueblo.

Hunab ku ordenó con anticipo todos los preparativos para el festejo, al que estaban convocados sacerdotes, guerreros y gobernantes de los reinos colindantes.

Estuvo pendiente de que su palacio se adornara con las más bellas flores, y que se prepararan deliciosos platillos. Estaba seguro que sería la mejor fiesta jamás organizada.

Llegó el día esperado, Hunab ku se vistió con sus mejores vestidos y las más finas joyas; se asomó por la terraza de su palacio y observó lo hermoso que se veía desde ahí la ciudad. Entonces pensó que ese era un buen lugar para que ubicaran a los invitados, así todos podrían admirar la belleza de su ciudad.

Ordenó que llevaran mesas hasta la terraza y las ataviaran con flores.

Mientras tanto, fue a recibir a sus invitados.

Los sirvientes hicieron lo que su rey ordenó. Y una vez que todo estuvo listo, fueron a llamar a todos los invitados y dejaron la comida sola.

Ese fue un grave error; no se dieron cuenta que en el cielo sobrevolaban los zopilotes o chom, como se les llama en lengua maya.

En esos tiempos, los zopilotes tenían plumas de colores y vistosos rizos en la cabeza. Y desde entonces, como hasta ahora, eran muy glotones. Al ver tanta comida se quedaron dando vueltas alrededor de la terraza, cuando vieron que no había personas que los ahuyentaran, los chom volaron en picada, y en un minuto habían devorado todo el banquete.

Al mismo tiempo, el rey de Uxmal salió a la terraza junto con sus invitados, y al ver a los pájaros acabando con la comida se puso lívido.

—¡Maten a esos pájaros! —gritó el rey de Uxmal.

Los chom volaron tan alto y tan rápido, que ninguna flecha los rozó siquiera.

—¡Tienen que pagar esto! ¡No se puede quedar así! —gritó el rey, furioso.

—No se preocupe, rey, encontraremos la forma de vengar este agravio —dijo uno de los sacerdotes, mientras tomaba algunas plumas de zopilote que habían caído al suelo.

Los sabios se encerraron a discutir, y a uno de ellos se le ocurrió qué castigo merecían. Entonces, tomó las plumas que habían recogido y las puso en un bracero para quemarlas; poco a poco, las plumas perdieron su color hasta volverse negras y opacas.

Otro de los sacerdotes molió las plumas hasta convertirlas en un fino polvo negro que echó en una vasija con agua. Pronto, el agua se volvió un caldo negro y espeso. Una vez que estuvo listo, los sacerdotes salieron del templo. Uno de ellos buscó a los sirvientes y les dijo:

—Lleven comida a la terraza del palacio para atraer a los zopilotes.

Inmediatamente se colocaron alimentos en la terraza, y los chom bajaron para disfrutar de otro banquete.

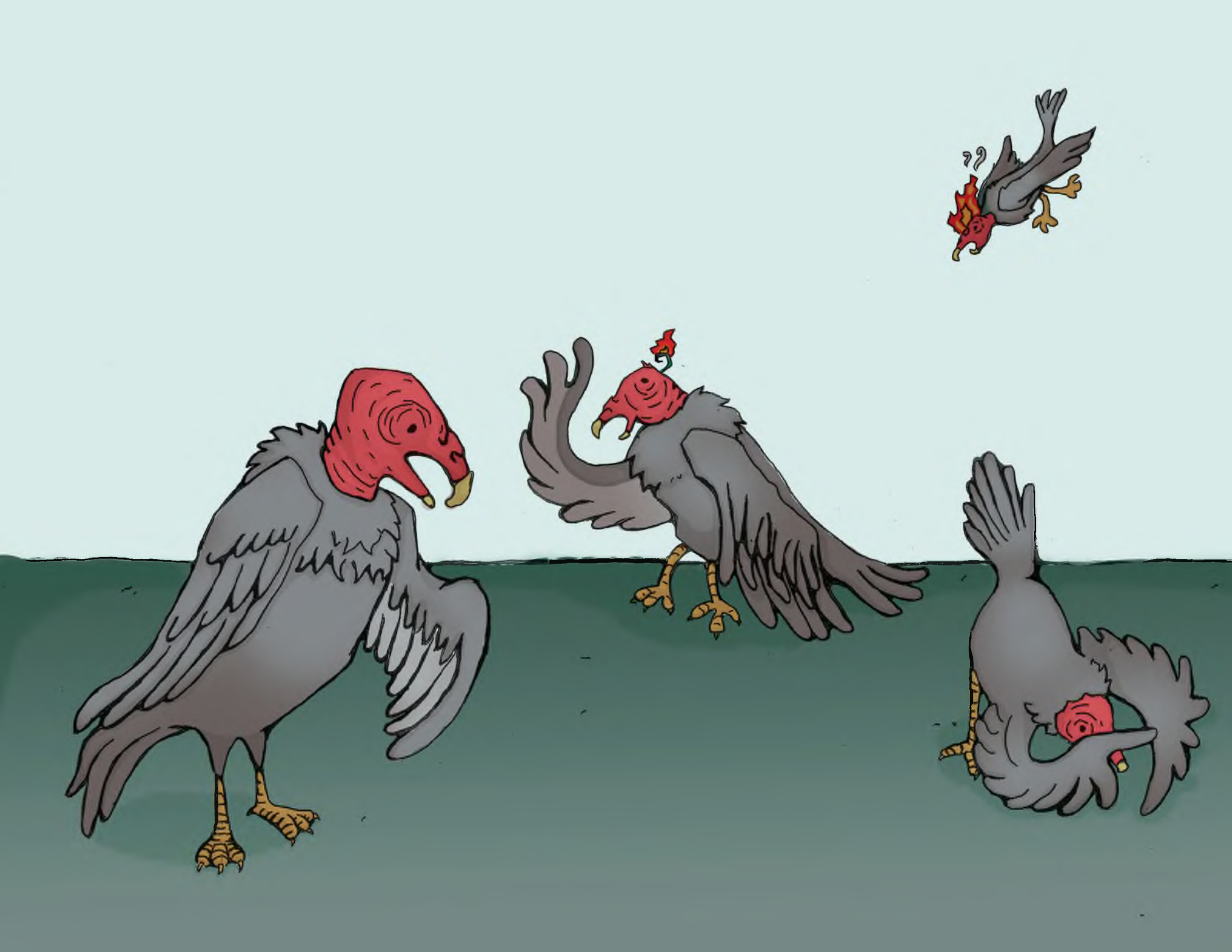
Lo que no imaginaron es que esta vez los sabios estaban escondidos, y apenas habían puesto las patas sobre la mesa, cuando dos sacerdotes salieron de su escondite y lanzaron el caldo negro sobre los chom, mientras repetían unas palabras extrañas.

—No escaparán del castigo por ofender al rey de Uxmal. Robaron la comida de la fiesta de Hunab ku, el Señor que nos da la vida, y por eso jamás probarán de nuevo alimentos tan exquisitos. A partir de hoy estarán condenados a comer basura y animales muertos, sólo de eso se alimentarán —dijo uno de los sacerdotes con voz fuerte y clara.

Al escuchar esto, y sentir sus plumas mojadas, los chom trataron de escapar volando muy alto, con la ilusión de que el sol les secara las plumas y acabara con la maldición, pero se acercaron tanto al sol que sus rayos chamuscaron los vistosos rizos de la cabeza.

Cuando los chom sintieron que se quemaban, bajaron a la tierra; pero al verse, su sorpresa fue enorme. Sus plumas, antes de colores, ahora eran negras y resecas.

Desde entonces, los chom vuelan lo más alto que pueden para que los demás no se burlen al verlos tan feos. Y sólo bajan a comer carroña, tal como dijeron los sacerdotes.



El pájaro azul y el coyote

Hace muchísimo tiempo, hubo un pájaro que vivía muy cerca de un hermoso lago cuyas aguas tenían tonalidades azules, era realmente bello.

El pájaro, que tenía sus plumas de color pardo, deseaba poder tener el plumaje del color de esas aguas, así que un buen día se animó y entró a bañarse en el hermoso lago.

Al tiempo que chapoteaba cantaba algo que decía así:

Hay un lago azul
Se encuentra aquí
Yo entré en sus aguas
Y me puse todo azul

Hizo la misma rutina durante cuatro días seguidos…

El cuarto día que el pájaro se bañó en el lago, vio con asombro que todas sus plumas se caían, y salió del agua completamente desplumado. El pobre pájaro estaba triste.

Pero la mañana siguiente, el quinto día, volvió a entrar a las aguas del lago, al salir vio que sus plumas volvían a crecer y ¡eran azules! Al fin era un Pájaro Azul.

Durante todos estos días, un coyote había estado al acecho del ahora Pájaro Azul para cazarlo, pues estaba muerto de hambre porque no había comido en varios días, pero le daba miedo entrar a las aguas del lago azul para atraparlo.

Cuando, al quinto día, el coyote vio la transformación que tuvo el pájaro, le dijo:

—Por favor dime, ¿cómo hiciste para cambiar tu feo plumaje por estas bellas plumas azules? Yo te quería comer, pero eres la más bella ave que vuela por los cielos. ¡Yo también quiero ser azul!

El Pájaro Azul, que no era egoísta, le contó que se había bañado en el lago cuatro veces, mientras cantaba una canción. Y como el pájaro era bueno, le enseñó la canción a Coyote.

Ilusionado con ser azul, el coyote hizo a un lado su miedo, y sin pensarlo mucho, se arrojó al agua. Hizo lo mismo durante cuatro días, sin olvidar entonar la canción que le enseñó el ave.

Al quinto día, el coyote lucía un radiante color azul. Encantado con su nuevo color, se paseó por todos lados esperando que todos sus compañeros se dieran cuenta de su radical y hermoso cambio. Entonces se puso a correr mirando de un lado a otro y, en otros momentos, miraba hacia el suelo para ver si su sombra era también azul. Tan ocupado estaba que no se dio cuenta que chocaba contra el tronco de un árbol, el cual se cayó y levantó una gran polvareda. El coyote quedó completamente cubierto de tierra.

Desde entonces, se cuenta, todos los coyotes son del color de la Tierra.

Sabio Pez-Tierra

Un buen día que Sabio Pez-Tierra, primer hijo de Principal Guacamaya y al que le gustaba jugar en las montañas que había creado, se daba un baño en un río, de pronto vio pasar a cuatrocientos jóvenes que entre todos arrastraban un árbol. Sabio Pez-Tierra se acercó y les preguntó qué hacían. Los jóvenes le dijeron que arrastraban el árbol para usarlo como viga en su casa y no lo podían alzar y llevarlo sobre los hombros.

Sabio Pez-Tierra se ofreció para ayudarlos. Puso el árbol sobre sus hombros y lo llevó hasta la casa de los jóvenes. Cuando llegaron le preguntaron a Sabio Pez-Tierra si tenía padre y madre, y éste respondió que no. Los muchachos le ofrecieron que se quedara a pasar la noche y que al día siguiente les ayudara con otro árbol que necesitaban. Pero los jóvenes lo que planeaban era matarlo, porque pensaban que no podía ser que un hombre cargara un árbol sin ayuda, que era un vanidoso.

Uno de ellos dijo:

—¡Hagamos un hoyo, le pedimos que siga cavando para hacerlo más profundo, y cuando se meta en el hoyo, echamos el árbol, no podrá salir y morirá!

Así lo hicieron, cuando el hoyo ya era lo suficientemente profundo llamaron a Sabio Pez-Tierra y le pidieron que siguiera excavando porque ellos ya estaban muy cansados. Empezó a cavar. A cada rato los cuatrocientos jóvenes le preguntaban si el hoyo ya era bastante profundo.

Sabio Pez-Tierra que era listo se dio cuenta de lo que querían hacer, así que empezó a cavar otro hoyo junto al primero.

Otro de los jóvenes se acercó:

—¿Ya está muy hondo el hoyo? —preguntó.

—¡Todavía falta! —respondió Sabio Pez-Tierra—, yo los llamo cuando acabe.

Claro que Sabio Pez-Tierra no estaba cavando el hoyo donde lo querían aventar, sino el que sería su salvación.

Cuando terminó, se metió al segundo hoyo que sería su resguardo y llamó a los jóvenes, cuando llegaron lanzaron el árbol al hoyo creyendo que habían dado muerte a Sabio Pez-Tierra, pensaron que se habían liberado de él y prepararon una fiesta por la construcción de su casa que duró tres días.

Mientras tanto, Sabio Pez-Tierra escuchaba desde el otro hoyo todo lo que decían los cuatrocientos jóvenes.

El segundo día, llegaron muchas, muchas hormigas, se metieron debajo del árbol y se llevaron cabellos y uñas de Sabio Pez-Tierra.

Los cuatrocientos jóvenes estuvieron felices cuando vieron lo que las hormigas se llevaban, pensaban que Sabio Pez-Tierra definitivamente estaba muerto.

Lo que los jóvenes no sabían era que Sabio Pez-Tierra se había cortado cabellos y uñas para que las hormigas se los llevaran.

El tercer día, la fiesta de los jóvenes seguía, y prepararon una bebida ceremonial fermentada, con ésta se emborracharon tanto que perdieron toda razón y conocimiento. Entonces Sabio Pez-Tierra aprovechó el momento para salir del hoyo y tirar la casa de los cuatrocientos jóvenes. Ninguno se salvó, pero se cuenta que cuando renacieron se convirtieron en una constelación llamada "El Montón" (Las Pléyades), aunque nadie sabe si esto sucedió o no.

La Diosa Luna

Al comienzo de los tiempos, cuando los dioses eran mortales, hubo una hermosa princesa llamada Ixchel, la cual tenía infinidad de pretendientes, entre ellos un apuesto joven llamado Itzamná.

Un día, llegó al pueblo de Ixchel un príncipe de otro imperio para felicitarlos por el triunfo en una batalla de la que habían salido victoriosos.

En cuanto el príncipe extranjero vio a Ixchel se enamoró perdidamente de ella.

Gente del pueblo le comentó al príncipe que el joven Itzamná también pretendía a Ixchel y que, al parecer, ella correspondía a ese amor. Desde ese momento, el príncipe e Itzamná pelearon por su amor.

La hermana mayor de Ixchel, Ixtab, resolvió que pelearan los dos pretendientes hasta que uno de ellos muriera; el sobreviviente se quedaría con Ixchel.

Ixtab no sabía que Ixchel estaba enamorada de Itzamná y que no quería que pelearan.

Se llevó a cabo la batalla, e Itzamná estaba por vencer a su oponente, cuando el tramposo lo hirió por la espalda con juegos sucios e Itzamná murió.

Ixchel, desesperada, huyó del lugar cuando vio morir a su amado, y encomendando su alma a su hermana Ixtab se quitó la vida.

Ixtab entonces entendió el amor que se tenían su hermana e Itzamná, maldijo al príncipe tramposo, al cual nunca se le volvió a ver, nadie sabe lo que sucedió con él. E Ixtab, a quien su hermana encomendó su alma al morir, a partir de ese momento fue la diosa del Suicidio.

Las almas de las doncellas de la princesa Ixchel guiaron a los enamorados al cielo y, así, Itzamná fue el dios Sol; e Ixchel, pasó a ser su esposa, la diosa Luna.

Itzamná, ya como dios Sol, en agradecimiento y como prueba de su amor a Ixchel, dividió el día y la noche. A la noche le dio brillo con las almas de las valientes doncellas que se sacrificaron por ellos, y son las estrellas más brillantes en el cielo.

Se cuenta que en cada Fuego Nuevo, cada 52 años, la diosa Ixchel renace del fuego y deja que sus doncellas se enamoren y que tengan un hijo como fruto de ese amor, es por eso que también es considerada diosa del parto y la fertilidad.

La gente del pueblo de Xcaret asegura que cuando un alma de noble corazón muere, se convierte en una estrella. Por eso, en cada fuego nuevo se hace una ofrenda para que la diosa perdone sus faltas y cuando mueran su alma la convierta en una de las estrellas que iluminan la noche.

La boda de Xdzunuúm

Un día soleado, colibrí o xdzunuúm, que es su nombre en lengua maya, estaba suspirando sobre la rama de una ceiba, lloraba mirando su pequeño nido a medio formar.

Lloraba porque llevaba días buscando hojas, ramas y cualquier material que ayudara para terminar su casa, pero había encontrado muy poco y no lograba finalizar lo que sería su hogar cuando se casara.

Ella y su novio eran pobres, así que si no tenían una casa lista, menos tenían para organizar la boda.

Xdzunuúm era tan chiquita que su llanto apenas se percibía; la única en oírlo fue un ruiseñor, xkokolché en nombre maya, quien voló de rama en rama hasta encontrar a la triste colibrí. Al estar a su lado, le dijo:

—¿Qué tienes, amiga?

—Estoy desesperada, mi historia es muy triste —gimió más la xdzunuúm.

—Dime cuál es tu problema, a lo mejor yo puedo ser de ayuda —dijo la xkokolché.

—No lo creo, amiga. Nadie me puede ayudar —chilló la xdzunuúm.

—Insisto, dime qué tienes — rogó la xkokolché.

—Mira, mi novio y yo nos queremos casar —comenzó a hablar la xdzunuúm entre sollozos—, pero somos tan pobres que no tenemos nido para poder vivir y, mucho menos tenemos cómo hacer la fiesta.

—¡Sí que es un problema! Yo no te puedo ayudar porque soy pobre también —respondió la xkokolché.

—¡Te lo dije, nadie me puede ayudar! —chilló la xdzunuúm.

—A ver, cálmate y no te desesperes, a las dos juntas se nos ocurrirá algo —aseguró la xkokolché.

Las aves se quedaron en silencio y, quietas en la rama, pensaron y pensaron. En eso estaban, cuando la xdzunuúm ya iba a llorar otra vez.

—¡Espera! —la atajó la xkokolché—, ¡tengo una idea! Tú y yo solas no podemos con la boda, pero si pedimos ayuda, seguramente lo lograremos.

No había terminado de exponer su plan cuando la xkokolché entonó una canción en lengua maya que narraba los problemas que tenía una pajarita que se quería casar, pero no tenía recursos para hacerlo.

Entonó varias veces la canción, y su canto era tan dulce y melancólico que tanto animales como árboles, y hasta las aguas de los ríos se acercaron para escuchar su canción, la cual hablaba de la tragedia que vivía xdzunuúm.

U tul chichan chiich, u kat socobel, ma tu patal xun, minaan y nuucul.

Cuando vio que todos estaban muy atentos a su voz, cambió la letra de la canción por esta:

Minaan u xbakal, minaan u nokil, minaan u xanbil, minaan u xacheil, minaan u neeneíl, minaan u chu-cí, minaan u necteíl.

Con la cual daba a entender que la pobre pajarita no tenía el collar ni el vestido; no tiene los zapatos ni cuenta con peine; no posee espejo, tampoco tiene dulces ni cuenta con las flores.

En tanto la xkokolché cantaba, de los ojos de la xdzunuúm salían gruesos lagrimones.

Al terminar la canción, a todos los presentes les afloró el sentimiento y se apuntaron para ayudar. Así, se escucharon varias voces:

El pájaro xomxaníl ofreció donar un collar para la boda y se desprendió de las plumas amarillas de su pecho.

La araña, se comprometió a tejer una hermosa tela para el traje de novia.

El venado dijo que daría la piel para los zapatitos de Colibrí.

La iguana, quitó unas cuantas púas de su piel e hizo un bello peine.

El cenote afirmó que con su clarísima agua elaboraría el espejo.

La abeja se comprometió a elaborar dulces de sabrosa miel.

Con eso, ya estaba listo lo necesario para la boda. La xdzunuúm lloró, pero ahora de alegría. Después, voló a buscar al novio y le contó que ya podían casarse por la ayuda de todos.

A los pocos días se celebró una gran boda. En la fiesta hubo de todo, nada faltó. Hubo comida, bebida y música. La madrina fue su amiga Xkokolché.

Colibrí lucía hermosa y agradecida, porque sabía que todos los animales de la selva eran buenos y solidarios.

Ya nunca más se volvió a quejar de su pobreza, pues supo que contaba con grandes amigos en el mundo maya.

La casa del trueno

Hace mucho tiempo, en una región deshabitada había una cueva a la que regularmente visitaban siete sacerdotes; en esta cueva construyeron un templo para adorar al dios del trueno, de la lluvia y de las aguas.

Los sacerdotes se reunían cada vez que era tiempo de cultivar, sembrar y cosechar la tierra.

Dentro de la cueva, los sacerdotes cantaban y rezaban hacia los cuatro puntos cardinales; hacían sonar un gran tambor y arrojaban flechas encendidas al cielo. Después de estos ejercicios religiosos, en el cielo se formaban grandes nubes, comenzaban los truenos y relámpagos, y por fin comenzaba la lluvia.

Llovía torrencialmente, y la tormenta azotaba la región durante muchos días; llovía tanto, que los ríos se desbordaban causando inmensos desastres.

Así ocurrió durante mucho tiempo…

Un buen día, llegaron a esa región, antes deshabitada, personas que traían ropas, costumbres e incluso normas y religiones muy diferentes a las de ellos.

Los recién llegados decían que venían de tierras cercanas al mar, y tenían la característica de siempre sonreír; tal vez sonreían porque, después de padecer mucho en el camino, habían llegado a un lugar que lo tenía todo: agua, alimento, animales y un clima excepcional. Los recién llegados llamaron Totonacan a

su nuevo hogar, y ellos se autodenominaron totonacas.

Los sacerdotes de la cueva del trueno no estuvieron nada contentos con la llegada de gente nueva, que además traía consigo una cultura diferente. Entonces, se reunieron en la cueva y provocaron truenos, relámpagos, rayos y fuertes tormentas con el fin de causarles miedo y se fueran del lugar.

Alguien se dio cuenta de que esas terribles tormentas las provocaban los siete sacerdotes de la cueva de los truenos. Los totonacas, desesperados por las tempestades que los celosos sacerdotes causaban, los subieron en unos pequeños botes y los arrojaron al mar, donde desaparecieron.

Pero eso no fue suficiente para calmar a los dioses del trueno y las lluvias, por lo que los sacerdotes del recién asentado pueblo totonaca se reunieron y determinaron que nada podían ellos hacer con esas poderosas fuerzas, y que sería mejor rendirles culto y sumisión, adorarlos y rogarles fueran generosos con ese pueblo que había pasado por muchas penurias.

Así, en el mismo lugar en donde estubo la cueva, los totonacas construyeron el templo de El Tajín, donde veneraron al dios del trueno, pidiéndole lluvia cuando era necesario fertilizar la tierra y buen tiempo en época de cosechar.

Esto sucedió mucho tiempo antes de que los españoles llegaran a estas tierras.

De esta forma se cuenta que se construyó el templo de El Tajín, ubicado en la región norte del estado de Veracruz, y que actualmente está declarado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (en inglés *United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization*-UNESCO) como Patrimonio de la Humanidad.

La serpiente oráculo

Un árbol de bello color, y que tenía la capacidad de predecir el futuro, en una ocasión anunció que un terrible ser llegaría a la región. Dicho esto, los pobladores se prepararon militarmente para cuando arribara, y los guerreros se colocaron en puntos estratégicos para defender a su pueblo.

Llegó el día anunciado por el árbol parlante, y una enorme serpiente apareció por el norte. Los valerosos guerreros rápidamente comenzaron a disparar flechas contra ella, pero fue inútil, las flechas no entraban en su fuerte caparazón con escamas. Los guerreros, rendidos, tuvieron que retirarse.

No obstante, idearon otra forma de atacarla.

Tristemente, también este segundo intento de acabar con la serpiente fue un doloroso fracaso, ya que costó la vida a muchos valientes hombres.

El jefe principal y capitanes de los guerreros de los ocho pueblos yaquis, al ver la dificultad que implicaba derrotar al terrible monstruo, pidieron ayuda al hechicero de la región llamado Chapulín Guóchimea. Le enviaron un mensaje a través de una golondrina.

La golondrina realizó un largo viaje, pasó por valles y montañas, perseverante en su tarea y sin tener en cuenta su cansancio.

Cuando por fin llegó al sitio donde se encontraba el hechicero Guóchimea le dijo:

—Respetable jefe Chapulín Guóchimea, el jefe y los capitanes de las ocho tribus yaquis te mandan sus respetos, y te piden les ayudes en la difícil tarea de matar a la gigantesca serpiente que apareció después de haber sido anunciado por el árbol que habla.

El hechicero inmediatamente aceptó la petición, y dijo a la golondrina:

—Di a los valientes capitanes y a sus guerreros que con gusto les ayudaré.

En cuanto el ave emprendió su regreso, el hechicero afiló las sierras que tenía en las patas y subió a la cima de un cerro; en este lugar recitó misteriosas y secretas palabras y saltó impulsado por sus espolones.

Recorrió, en un solo salto, lo que un simple mortal tardaría doce días en recorrer. Con otros pocos saltos de esos llegó al campamento mucho antes que la golondrina.

En el campamento estaba el jefe en reunión con los capitanes de los ocho pueblos; todos festejaron la llegada del señor Chapulín y que hubiera accedido a brindarles su ayuda.

Terminados los homenajes, el hechicero pidió que reunieran hojas verdes y que, una vez molidas, extrajeran su jugo. Los guerreros hicieron exactamente lo que Chapulín les indicó.

Después, vertieron el líquido verde en un cántaro, mismo que el hechicero se untó en todo el cuerpo. Guóchimea quedó completamente teñido de color verde. Posteriormente, pidió a los guerreros que lo subieran a la copa del árbol más alto para poder divisar la llegada del monstruo —el color de su cuerpo se confundía perfectamente con las hojas del árbol—; y dijo a los hombres que se resguardaran en el campamento.

El hechicero esperó poco tiempo para que apareciera la horrible serpiente; y aunque ésta observaba y olfateaba todo con detenimiento, nunca pudo distinguir al hechicero que acechaba desde el árbol.

Cuando la serpiente estuvo lo suficientemente cerca, el hechicero saltó sobre ella y le dio terribles golpes con sus espolones afilados.

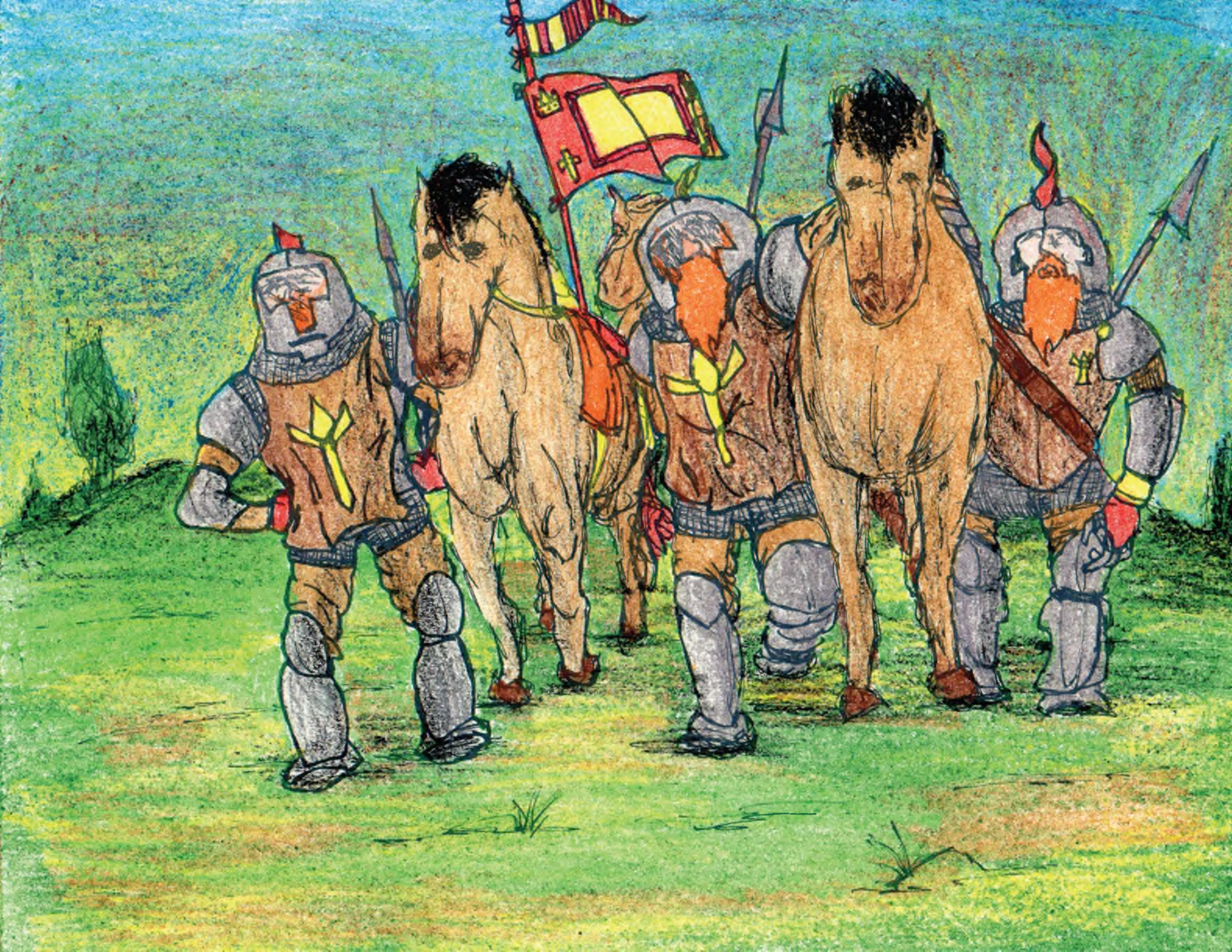
Fue tan fuerte la golpiza, que la cabeza de la enorme serpiente se desprendió del cuerpo y rodó a metros de distancia.

Todos los guerreros corrieron al lugar en donde había caído la cabeza, y cuando estaba a punto de morir, dijo en tono conciliador:

—Yo quería gobernar en el territorio de las tribus yaquis, pero acepto que me han derrotado gracias a su valentía y a la ayuda del hechicero. Sin embargo, debo advertirles que se cuiden y preparen, porque yo vi a hombres blancos y barbados que traen armas desconocidas por ustedes; son armas poderosas que lanzan fuego —y continuó—. Estos hombres entrarán por el sur y por el este. Si quieren vencerlos, arrebaten sus armas y combátanlos con ellas; si no lo hacen, ellos los vencerán y ustedes serán sus esclavos.

Al terminar de decir esas palabras, la serpiente murió y se convirtió en piedra.

Lo anunciado por la serpiente se cumplió; poco tiempo después de los acontecimientos narrados llegaron a la región yaqui los españoles, pero los indios ya preparados combatieron con las armas de los extranjeros hasta vencerlos.



El origen de la lluvia

Hubo tiempos en que la región del pueblo yaqui no tenía agua. Los habitantes sufrían por no tener el preciado líquido ni para beber. Los ojos de agua se secaron, las rocas se carbonizaron y el suelo ardía debido a la escasez del tan precioso líquido. Los ocho pueblos sufrían de una insaciable sed. Todos intentaron sacar agua excavando pozos sin resultado.

Los chamanes, sedientos y desesperados, decidieron enviar un mensaje al dios de la lluvia, Yuku. Los líderes encomendaron la tarea al noble gorrión.

El ave fue directamente a ver a Yuku; después de presentarle sus respetos y de los ocho pueblos indios, le dijo:

—Me ordenaron que te pidiera el favor de la lluvia.

—Con gusto —respondió—. Vuela y dile a tu gente que habrá lluvia.

El gorrión voló apresuradamente, pero antes de llegar al pueblo, el mundo se llenó de nubes y comenzaron los rayos; fue así que el veloz huracán alcanzó a la avecilla y el agua por lo tanto nunca llegó a la tierra yaqui.

Viendo que el gorrión no volvía, los chamanes ordenaron a una golondrina cumplir la misma tarea.

La golondrina voló hacia el dios de la lluvia, le suplicó de parte de los chamanes que enviara un poco de agua.

—Ve sin preocupación —respondió Yuku de buen humor—. Atrás de ti llegará la lluvia.

La golondrina emprendió el vuelo de regreso, pero igual

que al gorrión, el rayo y la lluvia lo destruyeron. Así, no llevó la golondrina ni una sola gota de agua a la tierra yaqui.

Los líderes de los ocho pueblos, exasperados, no sabían a quién más mandar a tan riesgosa misión; entonces pensaron en Bobok, el sapo, que sabían se encontraba en la laguna llamada Bahkwam.

Le pidieron que fuera a reunirse con los líderes de los ocho pueblos.

Bobok, obediente, se presentó, y los señores le dijeron:

—Ve con el dios de la lluvia y ruégale nos envíe agua.

—Muy bien —dijo el sapo—, mañana temprano voy.

Antes de regresar a su laguna, Bobok visitó a un hechicero, el cual le prestó unas alas de murciélago.

La mañana siguiente, Bobok voló con rumbo a las nubes, encontró al dios de la lluvia y le dijo:

—Señor, los yaquis, necesitan con urgencia agua; envíeles un poco para beber porque mueren de sed.

—No te preocupes —concedió—, la lluvia te seguirá y llegará a los ocho pueblos.

Bobok, suspicaz, fingió partir, pero se metió debajo de la puerta de la casa del dios. El cielo se nubló, hubo rayos, se oyeron truenos y comenzó a llover.

Bobok se puso las alas de murciélago que le prestó el hechicero y voló por arriba de las nubes. —Croac, croac —gritaba Bobok.

La lluvia, al escuchar al sapo, caía con fuerza para alcanzarlo y que muriera. El sapo dejó de cantar y la lluvia, creyendo que Bobok había muerto, cesó de caer. Entonces, Bobok empezó a croar de nuevo, volando desde las nubes que producían la lluvia hacia la tierra.

Al fin, la lluvia llegó hasta la región yaqui en su búsqueda por matar al sapo. Bobok, observó con orgullo su obra, regresó a la laguna Bahkwam y devolvió las alas a su dueño.

Los Huicholes y el maíz

Hace mucho tiempo, no se conocía el fuego, y los hombres no tenían cómo ahuyentar a los animales salvajes, no se podían calentar y comían sus alimentos crudos.

Los huicholes estaban cansados de comer alimentos que no les gustaban. Querían algo que pudieran comer diario, pero, al mismo tiempo, poder prepararlo de diferente manera.

Un joven del pueblo, al que le habían llegado noticias de la existencia de una planta que con sus frutos se podían preparar muchos y variados alimentos, decidió partir en su búsqueda. Aunque el maíz se encontraba muy lejos, al otro lado de la montaña, no se desanimó y se puso en marcha.

Al cabo de mucho caminar, vio una fila de hormigas, y como él sabía que algunas de ellas eran las vigilantes del maíz, las siguió.

Caminó siguiendo su rastro, pero cuando al fin no pudo más del cansancio, cayó en un profundo sueño.

Las hormigas aprovecharon el sueño del joven para devorar toda su ropa, dejándolo sólo con su arco y sus flechas.

Al despertar, el joven se vio desnudo y hambriento; entonces se puso muy triste y comenzó a llorar. Fue en-

tonces que un ave se posó en la rama de un árbol cercano. El joven apuntó su arco hacia ella, pero el ave le habló y le dijo que no intentara matarla, puesto que era la Madre del Maíz, y estaba dispuesta a guiarlo hasta donde había maíz en abundancia.

El joven la siguió y llegaron hasta la Casa de Maíz, ahí se encontraban cinco hermosas jóvenes, eran las hijas de la Madre del Maíz: Mazorca Blanca, Mazorca Azul, Mazorca Amarilla, Mazorca Roja y Mazorca Negra.

El joven se enamoró inmediatamente de Mazorca Azul, y ella correspondió a su amor. Se casaron y volvieron al pueblo donde vivía el Huichol.

Como todavía no tenían una casa donde vivir, se instalaron en el lugar dedicado a los dioses.

Como un milagro, en ese lugar, todos los días amanecía lleno de mazorcas de maíz, que Mazorca Azul repartía con generosidad a quienes lo pidieran; al mismo tiempo les enseñaba cómo sembrar las semillas, cómo cuidarlas y cosechar el fruto, y cómo preparar diferentes alimentos con éstos.

Cuentan los más viejos que era tanta la generosidad de Mazorca Azul que, después de enseñar a la gente del pueblo todo lo que sabía acerca del maíz, también les enseñó cómo molerlo y con el polvo preparar y saborear una extraordinaria bebida caliente, el atole.

FUENTES CONSULTADAS

http://www.guiascostarica.com/mitos/mexico.htm

http://www.mitos-mexicanos.com/leyendas-mexicanas-prehispanicas/

.....

Estos mitos y leyendas son del dominio público.

Mitos y leyendas de México 2
terminó de imprimirse en julio de 2017
en la imprenta Dicograf
Poder legislativo 304
en Cuernavaca, Morelos

*

ISBN 978-607-8519-24-8

FACULTAD DE
DISEÑO